

ACTA DE INDEPENDENCIA.

El Congreso de Anahuac legitimamente instalado en la ciudad de Chilpancingo de la América Septentrional por las provincias de ella: declara solemnemente á presencia del Señor Dios árbitro moderador de los imperios y autor de la sociedad, que los dá y los quita segun los designios inexcrutables de su providencia, que por las presentes circunstancias de la Europa ha recobrado el ejercicio de su soberanía usurpado, que en tal concepto queda rota para siempre jamás y disuelta la dependencia del Trono español: que es árbitro para establecer las leyes que le convengan para el mejor arreglo y felicidad interior, para hacer la guerra y paz, y establecer alianzas con los Monarcas y repúblicas del antiguo continente, no menos que para celebrar concordatos con el Sumo Pontífice romano, para el régimen de la Iglesia católica, apostólica romana, y mandar embajadores y cónsules: que no profesa ni reconoce otra Religion mas de la católica, ni permitirá, ni tolerará el uso público ni secreto de otra alguna: que protegerá con todo su poder y velará sobre la pureza de la fe y de sus dogmas, y conservacion de los cuerpos regulares: declara por reo de alta traicion á todo el que se oponga directa ó indirectamente á su independencia, ya sea protegiendo á los europeos opresores, de obra, palabra ó por escrito; ya negándose á contribuir con los gastos, subsidios y pensiones para continuar la guerra hasta que su independencia sea reconocida por las naciones extranjeras, reservándose el Congreso presentar á ellas por medio de una nota ministerial, que circulará por todos los gabinetes el manifiesto de sus quejas y justicia de esta resolución, reconocida ya por la Europa misma.—Dado en el palacio nacional de Chilpancingo á seis dias del mes de Noviembre de 1813 años.—Lic. Andrés Quintana, vice-presidente.—Lic. Ignacio Rayon.—Lic. José Manuel de Herrera.—Lic. Carlos María Bustamante.—Dr. José Sixto Berdusco.—José María Liceaga.—Lic. Cornelio Ortiz de Zárate, secretario.

Fe de Bautismo.

El Dr. D. Gabriel Gómez de la Puente, Cura interino del Sagrario de la Santa Iglesia Catedral de Valladolid de Michoacán y Promotor fiscal de la curia eclesiástica de esta, etc.

CERTIFICO: Que entre los libros del Archivo de este Curato que es á mi cargo, se halla uno forrado en badana encarnada, cuyo título es: *Libro donde se asientan las partidas de bautismo de españoles*, comenzando el mes de Enero de mil setecientos sesenta años: consta de trescientas ochenta y dos fojas, y en él á fojas ciento catorce, se halla una partida cuyo tenor literal es como sigue:—“En la Ciudad de Valladolid, en cuatro dias del mes de Octubre de mil setecientos sesenta y cinco años, yo el bachiller D. Francisco Gutiérrez de Robles, teniente de cura, exorcisé solemnemente, puse óleo, bauticé y puse crisma á un infante que nació el día 30 de Setiembre, á el cual puse por nombre *José María Tecló*, hijo legítimo de Manuel Morelos y de Juana Pavón, españoles; fueron padrinos Lorenzo A. Cendejas y Cecilia Sagrero, á quienes hice saber su obligación; y para que conste lo firmé.—*Dr. Francisco Gutiérrez de Robles.*—Al margen dice: *José María Tecló.*—Concuerta con su original, que se halla en el citado libro á que me refiero y del que fiel y legalmente la hice sacar, siendo testigos á su concordación el Br. D. José Antonio Aldayturriaga y D. José María de Caro, vecinos de esta Ciudad de Valladolid, en donde doy la presente á pedimento de parte, y para que conste lo firmé en siete de Agosto de mil setecientos noventa y tres años.—Al márgen una rúbrica.—*Dr. D. Gabriel Gómez de la Puente.*

Es copia del certificado de bautismo que obra en las primeras diligencias de órdenes del Sr. Cura D. José María Morelos, practicadas en el año de mil setecientos noventa y cinco. Morelia, diez y ocho de Diciembre de mil ochocientos cincuenta.—*José María Arízaga*, secretario.

CALLES DE CUAUTLA.

(FRAGMENTO.)

De los nombres históricos y conmemorativos de sucesos que tuvieron lugar durante el sitio que puso á esa ciudad el jefe realista Calleja en 1812, unos fueron puestos por el mismo Cura Morelos, y otros por un Sr. Montero cuando se reedificó la ciudad y volvieron á ella sus fugitivos moradores.

La calle de las Angustias de Calleja fué llamada así porque en ella estuvo á punto de perecer ó caer prisionero el jefe realista en un ataque en que fué vigorosamente rechazado.

La calle del Triunfo, sitio y fin de Rul recuerda que el conde de Casa Rul atacó allí un fortín, é iba á ocuparlo porque los defensores lo abandonaban, cuando un grupo de soldados, mandado por Galeana, hizo fuego sobre los asaltantes y causó la muerte del desventurado conde.

En uno de los asaltos que emprendió Calleja, en la trinchera de San Diego gritó una voz: *Todo se ha perdido, han derrotado á Galeana!* Al oír estos gritos, los soldados que guardaban la trinchera huyeron, arrastrando en su fuga al capitán Larios que con una pieza de artillería se hallaba apostado en una callejuela inmediata. Una tropa de dragones enemigos se dirigió á la abandonada trinchera, cuando un niño de doce años, llamado Narciso Mendoza, corrió al cañón, lo disparó, y el grupo de dragones retrocedió envuelto en humo y llevando muertos y heridos á algunos de los suyos. A la calle donde pasó este suceso se le dió el nombre de *El Niño Artillero*. Este niño, dice un historiador, llegó á ser teniente coronel del ejército mexicano, y desterrado luego á Centro América ocupó un distinguido puesto militar. Dicese que regresó á México y que murió en Cuautla, su tierra natal.

La calle de la Humana Costeña recuerda á una mujer que vino con los primeros soldados de Morelos desde la costa de Acapulco, y que durante el sitio prestó grandes servicios á los heridos.

La calle de la Barragana conmemora el valor y proezas de otra mujer venida también de la costa de Acapulco, y que se batía como un soldado para vengar la muerte de su marido ó de su amante.

La calle Boyás, fué el sitio en que delante de Morelos murió uno de sus soldados predilectos, llamado Boyás, y el mismo Cura le dió el nombre á la calle.

La calle de la entrada del Ejército libertador fué por la que Morelos hizo su entrada á Cuautla, cuando se decidió á esperar á Calleja en esta ciudad, por no haber tenido tiempo de llegar á Izúcar donde se proponía resistir el ataque.

Calle del Sustento se llama la en que los muchachos salían á cortar yerbas cuando empezaron á escasear los víveres. Algunos dicen que Almonte, hijo natural de Morelos, y entonces de trece años, iba entre aquellos muchachos: pero no hay nada que confirme esta tradición.

La calle de las Víctimas se llamó así porque las familias pacíficas que se refugiaron en una casa de aquella calle, fueron sacrificadas por la ferocidad de Calleja cuando entró triunfante á la ciudad abandonada.

Llegó á sospechar Morelos de la fidelidad de uno de sus jefes, á cuyo cuidado estaba la trinchera de una calle, y por esto fué trasladado á otro lugar después de quitarle el mando, y á la calle se le dió el nombre de la *Traición*.

En otra calle se descubrió también á un traidor, pero éste fué fusilado, y la calle se llamó del *Castigo*.

Calle de Almonte es en la que vivió éste durante el sitio.

Calle de la Tesorería, la en que estaba esta oficina.

Las calles de Galeana, Bravos, Salas, Larios, Escoto, Barrera, Urzúa y Matamoros recuerdan los nombres gloriosos de los principales caudillos que acompañaron á Morelos.

C. A. R.

MORELOS EN ZACATULA.

(CUADROS DE LA INSURRECCION DE 1810.)

I.

El gran río que con el nombre de Atoyac nace humilde en las vertientes de la Sierra de Puebla, y que descendiendo de la mesa central del Anáhuac, se dirige al Sudeste de México, recibiendo el tributo de cien arroyos y torrentes que aumentan el caudal de sus aguas, toma en los profundos valles de la tierra caliente el nombre de Tlalcosauhtitlán, cuando pasa besando la orla de las montañas tlapanecas; después el de Mescala cuando se abre paso entre las sierras auríferas que limitan por el Sur los planíos de Iguala, y por el Norte los templados oasis de Tixtla y de Chilpancingo; más tarde, cuando enriquecido con la confluencia de veinte ríos salvajes, hijos de las sierras de México, sigue el rumbo del Sudoeste y penetra en las ardentísimas honduras de la Sierra Madre, cadena ciclópea que enlaza los Estados de Guerrero y de Michoacan, y cuando caldea sus aguas en aquellas gargantas como en enormes galerías volcánicas, toma el nombre de *rio de las Balsas*. Por último, cuando después de recibir el último tributo, el más grande, el de los dos ríos tarascos, reyes de las comarcas michoacanas, el de Tepalcatepec y el del Marqués, se dirige lenta y magestuosamente hacia el Sur, para desembocar en el Océano Pacífico, es conocido con el nombre de *rio Zacatula*.

Todavía después de la union de los dos ríos tarascos, el padre de las aguas del Sur se hunde entre las altísimas rocas basálticas de la Sierra Madre que se dilatan hasta la costa y suelen bañar sus últimos crestones en las ondas del mar; todavía arranca en sus crecientes los árboles gigantescos de las obstinadas selvas que revisten las arrugas de la gran cordillera; todavía arrastra en sus poderosas corrientes los restos de cien edades de la tierra, sepultados en el corazón de la montaña. Ese río es el zapador constante de los bosques vírgenes del Sur, y el compañero de la Sierra Madre hasta la costa.

Al llegar á ella, cesa la lucha con las dificultades y las barreras; las colinas se deprimen, se suavizan, las dos enormes y ásperas cadenas de montañas que han ido flanqueando el río se bifurcan, se apartan en ángulo recto; la del Oeste va serpenteando á formar la sierra de Maquillí, y la del Oriente sigue á lo largo de la costa sumergiéndose á veces en el mar ó arremolinándose en torno de las alturas de Coahuayutla.

El río, al salir del intrincado laberinto de la Sierra, descende al hermosísimo aunque estrecho planío de la costa. Allí desaparecen como por encanto el carácter rocalloso de las márgenes y la vegetación de las grandes selvas que ha recorrido.

La tierra ondula suavemente tapizada por una yerba siempre verde, espesa y salpicada de flores. En las alturas, los mangles de la montaña más corpulentos, aunque menos bellos que los mangles de las marismas, son los únicos que elevan su enhiesta copa enlazándose con los nazarenos, y dominando los bosquecillos de ébanos que esconden en la sombra sus torcidos ramajes y sus hojas menudas. Los arrayanes inclinan al sol su espesa frente que enguirnalda con dorados hilos el *choromo*, perfumando la atmósfera con su aroma sin rival.

La vegetación de la costa, hija del rocío, del sol y de las brisas del mar, más bien que de la lluvia, recibe al rey de los ríos surianos sobre una alfombra de flores y bajo un dosel de luz y de perfumes.

Ya cerca de la playa, el río también se bifurca, como el Nilo, y sus dos brazos magestuosos, transparentes, tranquilos, se deslizan por un plano inclinado imperceptible, con sus márgenes cubiertas de grandes y espesos árboles hasta el mar, en donde uno de ellos produce la barra de Petacalco.

Esta bifurcación del río forma un Delta que es una maravilla de hermosura vegetal, un sueño de poeta. Un bosque espeso y sombrío lo termina á orillas del mar, un bosque en que son incontables los árboles que encadenan y confunden millares de lianas gigantescas, y en el que apenas se distinguen los palmeros por la esbeltez de sus troncos y la gallardía de sus copas, y los bananos por lo compacto de sus grupos y por la anchura de sus frescas hojas. La luz solar penetra tenue y temblorosa en aquella mansión en que mora la frescura, el silencio y la muerte.

El río parece entregar con sus dos brazos este Paraíso al mar, que lo recibe con sus ondas de esmeralda.

Así entra el Zacatula en el Océano Pacífico.

II.

Una tarde del mes de Octubre de 1810, ya al declinar el sol, descendía por el camino que serpenteaba entre las colinas boscosas de la sierra que flan-

queaba por el lado de Oriente al río de Zacatula un grupo como de veinte ginetes.

Distinguíanse apenas en los claros del camino, volviendo á ocultarse entre la arboleda que revestía las últimas vertientes de la montaña, pero cuando bajaron á la llanura, cuando al seguir el camino que costea la margen izquierda del río antes de dividirse, fueron bañados de lleno por la luz del sol poniente, pudieron ser observados con exactitud.

Parecían campesinos de Michoacán y montaban magníficos caballos, algo estropeados seguramente por las fatigas de un viaje penoso y largo.

El que parecía ser el jefe caminaba á alguna distancia del grupo y sólo acompañado de un mozo, é iba á la sazón sumergido en una meditación profunda de la que no le distraían, ni la belleza admirable del paisaje, ni la singular perspectiva que presentaba el gran río convertido en una corriente de púrpura y de fuego, á causa de los rayos del sol, ni el concierto de las aves de la costa, ni el aspecto del cielo en esa tarde turbia y apacible.

Este personaje era un hombre robusto, moreno y de regular estatura, de ojos de águila cuya mirada profunda y altiva era irresistible. Su boca tenía ese pliegue que marca en los caracteres pensadores el hábito de la reflexión y en los grandes de la tierra el hábito del mando. Su traje y aspecto no revelaban á qué estado pertenecía. Ni era un jefe militar, porque en ese tiempo ningún criollo lo era, siendo ese rango reservado solamente á los españoles. No era un eclesiástico, porque su barba negra y crecida, su gallardía para montar á caballo, su aspecto varonil y atrevido lo desmentían; pero no era tampoco un simple arriero, ni un pobre campesino, porque esa mirada, ese continente y esa comitiva proclamaban muy alto que ese hombre estaba sobre el nivel de los demás y que ese cuerpo encerraba un espíritu poco avenido á las faenas de la servidumbre ó con las tareas oscuras del campo. Por otra parte, su traje era raro, inusitado en aquellas comarcas.

Cubriase con una especie de alquicel blanco para guarecerse del sol, y cuyos embosos le cubrían parte de la barba. Llevaba un sombrero finísimo del Perú, y debajo de él, un gran pañuelo de seda blanco también, cuyos extremos anudados flotaban sobre el cuello, abrigaba la cabeza, á la usanza de los rancheiros ricos de esa época. Calzaba botas de campana, y bajo sus armas de pelo guardaba un par de pistolas. El negro caballo que montaba era soberbio, y á pesar del viaje, mostraba su brío avanzado á paso largo, por la pradera que limitaba la ribera del río.

El traje de su compañero y de los demás ginetes de la comitiva, en nada se distinguía del que usaban los campesinos acomodados del Sur de Morelia. Chaqueta oscura de paño ó de cuero, adornada de agujer-

tas de plata, calzón corto de lo mismo, con botas atadas con ligas bordadas, mangas azules con las bocas adornadas con flecos de plata ó de oro, sombreros de alas anchas de color oscuro. tal era el traje de esos, al parecer campesinos, cuyo aspecto se convertía en marcial por las escopetas, sables y pistolas que cada uno traía. Caballos y mulas de mano y otras con equipajes, completaban el cortejo de aquel notable personaje.

El sol se había puesto ya, y la humedad tan sensible en aquellos lugares y que comienza en el crepúsculo, hizo que todos los ginetes se abrigasen en sus mangas.

—Señor, dijo uno de los ginetes, dirigiéndose al personaje de que hemos hablado, ¿llegaremos á buena hora á Zacatula?

El hombre misterioso pareció, al oír esta pregunta, que salía de honda cavilación. Interrogó á su vez el horizonte y respondió con voz breve y metálica:

—No estamos lejos del pueblo, y llegaremos al oscurecer. Adelántate y avisa de mi llegada á Martínez.

El ginete se adelantó y minutos después se perdió entre las altas yerbas del camino.

III.

Aquel hombre que así caminaba por aquellas soledades del Sur, aún no perturbadas por los ruidos de la guerra, era algo más que un jefe militar, era algo más que un eclesiástico, mucho más que un grande de la tierra, era algo más que un caudillo... era el gigante de la Independencia de México... era el genio de la guerra... ¡D. JOSÉ MARIA MORELOS!

Inspirado por su patriotismo y animado por su espíritu extraordinario, este hombre, *el más notable que hubo entre los insurgentes* (1), se había dirigido á Valladolid cuando supo el paso de las huestes de Hidalgo por aquella ciudad, dirigiéndose á la de México, capital del virreynato, y no encontrándose ya allí, las había alcanzado en la hacienda de Charo, en donde después de hablar con Hidalgo recibió del padre de la Independencia, el nombramiento de lugar-teniente y la misión de conquistar la fortaleza y el puerto de Acapulco.

Solo el nombramiento y la misión, *papel y rumbo*, como dijeron después los insurgentes. Ni un elemento de guerra, ni un soldado, ni una arma, ni un cartucho: Morelos no necesitaba de nada de esto que exigen los generales del vulgo; él era creado con la eficacia de su palabra y por la magia de su voluntad.

Los que lo acompañaban eran amigos escogidos entre los feligreses de sus curatos de Carácuaro y Necupétaro, apóstoles confiados de aquella propagan-

(1) Alamán.—Historia de México.—Tomo II.—capítulo 3.º pág. 314.

da de patriotismo, de sangre y de gloria! Una vez resuelto á llevar á cabo su misión sublime, había salido con ellos de las áridas montañas en que se escondían esos dos pueblos miserables de su curato y los llevaba consigo para emprender la predicación de ese Evangelio armado de la Patria libre que iba á ser la Epopeya más gloriosa de las que registran los Anales de México. Tal era el hombre que se aparecía por la primera vez en el campo de la Revolución, y en aquel valle de Zacatula, bajo las apariencias de un guerrero de Atlas, envuelto en su blanco alquicel y relampagueando en los negros ojos el rayo de la guerra y el anuncio de la victoria.

Las sombras habían invadido por completo la llanura. El grupo de ginetes apresuró el paso. A lo lejos se distinguían, entre un enjambre de luciérnegas que poblaban la yerba y los arbolados, las lejanas luces que se encendían en el pueblo de Zacatula, situado en la margen izquierda del río.

En 1810 toda la comarca que recorre el Zacatula, desde Ajuchitlán, en la tierra caliente, hasta el mar, pertenecía á la provincia de Valladolid. (1)

En la margen izquierda del río se veía ya el pueblecillo de Zacatula que ha ido á menos, hasta ahora, á causa tal vez de la muchedumbre de barrios en que se ha dividido y de la formación del pueblo de la *Orilla* en la margen derecha y que pertenece hoy también al Estado de Guerrero.

La Intendencia de Valladolid dominaba allí y tenía la guarnición en Zacatula algunas tropas realistas, al mando de un jefe. Estas tropas se formaban de lo que se llamaba entonces *milicia* que eran compuestas de *criollos* en su mayor parte.

En Zacatula el jefe de estas tropas se llamaba D. Marcos Martínez, y su milicia se componía de cincuenta hombres, vecinos del lugar, completamente inexpertos en el manejo de las armas, bisoños en el oficio militar que, por otra parte, no habían tenido ocasión de poner en práctica.

Afectos al rey, como casi todos los milicianos de Nueva España, pero residiendo en el extremo Sur del país, apenas habían llegado á sus oídos los rumores de la invasión francesa en la Península, la prisión de los reyes y la instalación de las Juntas de España. En cuanto al movimiento de Hidalgo en Dolores, no era conocido. Algún arriero de Morelia había dicho algo de motín en Guanajuato, de un cura que había gritado contra el mal gobierno. Pero se creía que pronto un golilla y un alguacil darían buena cuenta de ese tumulto de pueblo. El rey era invencible, él era la imagen de Dios, y el virrey era

(1) Véase el Plano de la Provincia de Valladolid, dispuesto por el teniente coronel D. Alejandro Arana, de orden del E. Sr. D. Juan Ruiz de Apodaca, virrey de Nueva España—inédito.—Colección de la Sociedad de Geografía y Estadística.

la representación del rey. La horca iba á trabajar un poco y eso era todo.

Por lo demás, ¿qué tenían que ver los pacíficos habitantes de Zacatula con todo esto?

Qué les importaba el tumulto de Dolores y el alzamiento de los indios! Ellos, los habitantes de Zacatula eran mulatos y mestizos, hijos de españoles ó de negros. En las costas del Sur de las intendencias de México y de Valladolid no había indios, y los residentes que eran advenedizos en la tierra, no llevaban en el corazón los dolores de la antigua Patria herida y subyugada. Ni aun habían soñado en la nueva, jamás habían pensado en que esta parte del mundo americano podía ser libre y en que ellos podían estar al nivel de los españoles, dueños de la tierra y del mar, de los campos y del comercio, de las armas y de las llaves del cielo.

Esos pobres costeros vivían con la vida candorosa é inconsciente de los salvajes subyugados.

El temor de la horca los encadenaba; el terror del infierno los sometía. Era un rebaño dominado por el subdelegado y el cura.

En la hora en que estamos hablando, no sentía ninguno de ellos germinar la idea de la Patria en su pobre espíritu, y sin embargo, la Patria iba á nacer en él, sin transición, sin infancia, sin debilidad y sin lucha. La Patria nació en Zacatula adolescente, briosa, hercúlea.

¿Quién iba á hacer ese milagro de magia y de genio? ¿Quién iba así á derramar la luz en un minuto, como la luz del Génesis?

MORELOS, MORELOS que al dar el toque de oración en la humilde iglesia de Zacatula, llegaba á las orillas del pueblo y hacía alto para orar y fortalecerse.

IV.

Si, se detuvo para orar y fortalecerse. Una de las cualidades que caracterizaban á los héroes de la Independencia, era una profunda fe religiosa que sólo era superada por la inmensa fe que tenían en la justicia de su causa. Casi, casi confundían una con otra. Para ellos la Independencia era derecho divino, y tenían razón, dadas las ideas de aquellos tiempos.

Semejante convicción estaba tan arraigada en el espíritu de los hombres de 1810; que subordinaban á ella todas las demás creencias, todos los demás principios, ya se manifestasen en la forma de opiniones vulgares, ó ya se proclamaran revestidos con el terrible disfraz de las excomuniones eclesiásticas. Y lo que es más grande aún, cuando solía levantarse en el fondo de su conciencia el espectro de la preocupación ó del terror religioso, inmediatamente se desvanecía como una visión nocturna, ante la imagen de la Patria, que como un sol, inundaba de luz

la conciencia oscurecida un momento. Para ellos, Dios se ponía del lado del derecho; Dios quería la Libertad y les ordenaba combatir por ella. En sus oídos resonaba, con más verdad, aquella palabra misteriosa que empujó en otra época á los soldados de una causa menos justa: «Dios lo quiere.» Al oírlo se sentían fuertes en la tremenda empresa que acometían.

Así se explica el por qué, ellos educados en la obediencia del clero inferior ó del creyente sumiso, no hacían caso de los anatemas que fulminaba en su contra la Iglesia católica, que desde el primer instante hizo causa común con la tiranía española.

No hay que olvidar que los obispos todos en la Nueva España, y que el alto clero fueron enemigos acérrimos de la Independencia de 1810, y que cuando la aceptaron en 1821 fué en su propio interés y no en bien de los pueblos.

Así se explica, seguimos diciendo, el por qué se lanzaban al combate, animados de una fe viva en la causa de la Patria, y no por los ridículos motivos de defender á los abyectos reyes españoles amenazados por los franceses en la Metrópoli, ni la fe católica que ningún peligro corría, ni la inmunidad de los bienes eclesiásticos que administraba precisamente el alto clero, enemigo de la insurrección. Cuando se leen estas aseveraciones en ciertos escritores, como Alamán apasionado ó impotente enemigo de los héroes de 1810, no se puede menos que reputarlas como hijas de un mezquino criterio ó de una triste y despreciable mala fe.

Más altas causas que las que señala el venal escritor, amigo del gobierno colonial, eran las que movían á los grandes hombres de la insurrección; y se necesita ver las cosas muy superficialmente ó interpretarlas con un interés bastardo, para no comprenderlas.

En cuanto á Morelos, él más que nadie era superior á las patrañas que los enemigos vulgares de la insurrección señalaban como influyendo en los eclesiásticos que tomaban parte en la lucha, y así lo demostró en todo el curso de su gloriosa carrera.

Si acaso es cierto que publicó en su parroquia de Carácuaro el edicto del obispo Abad y Queipo contra el ilustre Hidalgo, es seguro que en esto no hizo más que ejecutar un acto indiferente de obediencia, y que le servía para ocultar los proyectos que iba á realizar dentro de breves días.

Lo que sí consta evidentemente, es que apenas supo por D. Ignacio Guedea, dueño de la hacienda de Guadalupe, el movimiento del héroe de Dolores, cuando en el acto se dirigió á Valladolid para presentarse al caudillo y tomar parte en la guerra.

En vano pretendió disuadirlo de su intento el con-

de de Sierra Gorda, gobernador de la Mitra (1) á quien comunicó Morelos sus proyectos, cuando al llegar á Valladolid no encontró allí al ejército insurgente que había salido ya para México. Sin perder un instante se dirigió á Charo, obtuvo de Hidalgo la autorización para hacer la guerra en el Sur, y con la rapidez de un hombre que conoce el valor del tiempo en las altas empresas, regresó á su curato, armó como pudo á algunos de sus feligreses, y antes de terminar el mes de Octubre, ya estaba en Zacatula. Había andado y desandado un camino larguísimo y salvando una enorme distancia como un dios homérico. Es preciso conocer aquella comarca y aquellos caminos para apreciar esta actividad asombrosa. Por lo demás, la prontitud en los movimientos no fué la menor de las cualidades que adornaban á Morelos, como general.

Ya se vé, pues, por todo esto, que á pesar de las excomuniones de la Iglesia, y de la prohibición de su superior, como cura, Morelos había abrazado la causa de la Independencia nacional, y sin embargo, mantenía pura su fe religiosa, lo cual indica que en su conciencia, la voz de la Iglesia entonces, no era la voz de Dios. Para él Dios estaba en la Patria que nacía.

V.

Morelos al detenerse en las orillas del pueblo de Zacatula, esperaba también á su mensajero.

Este volvió, cambió algunas palabras con su jefe y tornó á internarse en el pueblo, á comunicar seguramente un nuevo recado.

Morelos ordenó á su comitiva que permaneciese bajo los sauces del río, y dejando el pueblo á un costado, se dirigió al paso de su caballo á una punta formada por la desembocadura del río y una curva de la ribera del mar.

El sordo y dulce rumor de las olas rozando la playa, comenzaba á acariciar los oídos del patriota, y las brisas de la noche venían á refrescar su enardecida frente.

La luna salía en ese momento é inundaba de luz el Océano que aparecía como un inmenso espejo de plata, cubierto de una gasa leve.

Aquella alma grande se sintió conmovida ante ese espectáculo maravilloso, que pareció embargarla por completo algunos instantes.

El caballo siguió avanzando hasta un bosque de palmeras que se alzaban en el lugar mismo de la punta. Eran esas grandes palmeras, que agrupadas, presentan la forma de un templo, cuyas columnas fingen sus gruesos y elevados troncos, y cuyas bóvedas se construyen con sus anchos ramajes entrelaza-

(1) Este eclesiástico se apellidaba Escandón, según Mora.—México y sus revoluciones.—Tomo IV, página 286.

dos. Visto sobre el fondo del horizonte lleno de luz, y teniendo en segundo término el mar, este templo sombrío y silencioso parecía un monumento gigantesco elevado á los númenes de la naturaleza americana. La luna había ascendido y brillaba con todo su esplendor en el centro de las arcadas del bosque. Era un momento solemne y magnífico y parecía que era llegada la hora de los misterios sublimes de una religión desconocida y grandiosa.

Morelos atraído, como lo era siempre por todo lo bello y lo grande, bajó de su caballo, lo ató á la entrada del bosque y penetró en él, envuelto en su blanco y finísimo poncho como en un manto sacerdotal y cruzados los brazos sobre el pecho como sobrecogido de sentimiento religioso. Así atravesó la galería majestuosa de aquel bosque, y sólo se detuvo cuando las olas, encrespadas por la marea que había subido, vinieron á depositar á sus pies una alfombra de blanca espuma.

Allí permaneció largo rato contemplando la magnificencia del mar Pacífico, iluminado por la luz de la luna y escuchando el mugido de las corrientes de la barra, que cerca de ese lugar se abría por la entrada del Zacatula.

Algunas voces que resonaron entre el bosque, le sacaron de su contemplación.

Era el capitán D. Marcos Martínez, jefe de la milicia de Zacatula, acompañado del mensajero.

Acercóse respetuosamente á Morelos y le dijo después de saludarlo:

—Tal vez he tardado en venir al llamado de vd., pero he tenido que reunir á mis oficiales que nos esperan.

—¿Está vd. dispuesto, capitán, á seguirme? ¿Confía vd. en la justicia de nuestra causa? le preguntó Morelos con ese acento afectuoso y penetrante que lo hacía dueño de los corazones.

—Yo sí, señor, yo creo ciegamente en que todo lo que vd. hace es bueno. Yo lo seguiré á todas partes, pero entre mis oficiales y soldados hay todavía vacilaciones. Temen que este alzamiento sea verdaderamente contra el rey, y no solamente contra el mal gobierno de la Nueva-España; temen incurrir en un grave pecado contra la religión; temen.....

Y temen bien, capitán; todo eso es cierto y no seré yo quien los engañe y les oculte el verdadero objeto de nuestro movimiento. Vamos á pelear contra el rey, contra el gobierno español resueltamente, para formar un gobierno sólo con los criollos, para sacudir el yugo de España y ser libres!

En cuanto á la religión, no tenemos necesidad de atacarla. Sin embargo, los obispos y frailes españoles serán nuestros enemigos y nos excomulgarán; pero Dios estará de nuestro lado; Dios no ha dicho nunca que es padre únicamente de los gachupines,

también nosotros somos sus hijos. Esta verdad dicha con el tono ligeramente burlón que acostumbraba Morelos las más veces, convenció al capitán.

—Ya lo considero así, respondió, pero es necesario convencer á esos muchachos y hasta entonces contarémos con ellos.

—Pues procuraremos convencerlos, dijo Morelos, acercándose á su caballo que ya tenía su mozo de la brida: vamos allá, añadió montando con ligereza. Guíeme vd., capitán, á la casa en que están reunidos los oficiales.

El capitán se puso en marcha á pié, seguido de Morelos y de su mensajero, que también iba á caballo.

Salieron del bosque, y á poco andar entraron en el pueblo, en el que encontraron varios grupos de gente que hablaban con animación, sabiendo la noticia de que se preparaba algún suceso extraordinario.

Las casitas de Zacatula son humildes, en su mayor parte hechas de paja, y en esa época eran pocas las que tenían paredes de adobe y techo de tejado, sin embargo eran más numerosas que hoy. No estaban entonces ni están ahora construidas en orden regular y formando calles, como en los pueblos del centro del país, sino desparramadas acá y acullá, agrupadas caprichosamente. Una especie de plazoleta donde estaba la *Casa de Comunidad* convertida á la sazón en cuartel, y en donde se alzaba la pobre iglesia de paja también, era lo único que había más ordenado.

Morelos llegó á esa plazoleta, se apeó y entró en una gran pieza alumbrada por una lámpara de aceite de coco, en torno de la cual se agrupaba una veintena de oficiales y soldados bien armados de tercero-las y de sables. Eran milicianos de caballería aque-llos. Los caballos pafaban en el patio de la casa.

Luego que Morelos se presentó, algunos oficiales se quitaron el sombrero por respeto al carácter sacerdotal del recién llegado, pero otros permanecieron cubiertos, reservados y taciturnos.

Aquellos milicianos de la costa, ignorantes de las cosas de Nueva España, vecinos acomodados en su mayor parte, luego que vieron llegar á ese eclesiástico desconocido, luego que examinaron su aspecto raro, su barba que él había descuidado por la primera y única vez, á causa de su viaje apresurado y penoso; luego que sintiendo aquella mirada magnética y dominadora, no habían podido sustraerse á un sentimiento de temor instintivo, creyendo encontrarse frente á frente de un perseguido de la justicia, de un gran criminal, de un rebelde que venía á envolverlos en una terrible calamidad. Así es: que aunque preparados por el capitán Martínez á recibirlo, parecían que estaban cometiendo una mala acción de que más tarde la justicia del rey les iba á pedir cuenta.

Tal fué la primera impresión causada por Morelos en aquellos hombres sencillos y montaraces.

Pero comenzó á hablarles, comenzó á pintarles el estado del país, los horrores de la servidumbre colonial, las esperanzas de la revolución, el porvenir de la Patria; despertó en estas almas aletargadas las punzantes emociones de la gloria, derramó en aquellas conciencias tenebrosas la luz del derecho, y eso, valiéndose, como era natural, de palabras sencillas, de imágenes familiares, de esa elocuencia poderosa del sentimiento y de la verdad que es eficaz siempre entre las masas del pueblo. Rompió, en fin, las cadenas del temor que entorpecían esos corazones... y una hora después, todos los milicianos escuchaban al grande hombre descubiertos, estremeciéndose de entusiasmo, impacientes por interrumpirlo con un grito de adhesión.

Morelos calló y el grupo de oficiales y de soldados estalló en un grito unánime y atronador:

—¡Viva la Independencia! ¡Viva la América libre! ¡Viva Morelos!

El caudillo descubriéndose entonces, gritó con voz fuerte y vibrante:

—¡Viva D. Miguel Hidalgo, generalísimo de América!

El entusiasmo se comunicó á los demás soldados, á los habitantes de Zacatula, hasta á las mujeres y á los niños.

Así, pues, la palabra evangélica del patriotismo había hecho germinar la idea de la independencia en el Sur, y en una hora había nacido, no como planta débil y tierna, sino como un árbol joven, robusto; como los árboles de esa tierra, ricos de fuerza y de savia.

El historiador D. Luis Mora, dice que Morelos se explicaba con dificultad, pero sus conceptos aunque tardos eran sólidos y profundos. (1.)

Lo último es cierto, no así lo primero. Yo he recogido en el Sur las últimas tradiciones que acerca de la elocuencia de Morelos me confiaron sus viejos tenientes, sus compañeros, sus soldados que aún se repetían religiosamente las palabras del insigne caudillo, y recordaban con delirio el efecto de sus arengas. Era tan elocuente, como gran general, como gran legislador, como gran administrador. Ese genio era completo. Y aunque las tradiciones vivas y fehacientes no lo acreditasen, bastaría para creer en

(1) Mora.—México y sus revoluciones.—Tomo IV, libro III, página 286.

el efecto mágico de su palabra, la manera con que inspiró en los espíritus de los surianos las grandes ideas y los firmes principios á que fueron siempre fieles y que constituyeron la fuerza de la revolución.

Las respuestas breves, acertadas y profundas que dió en el interrogatorio de su causa, y que con razón admira el mismo Alamán, son otras pruebas de la rapidez de su percepción y de la facilidad de su palabra.

VI

Una vez convencidos los milicianos de Zacatula, Morelos hizo entrar en el pueblo á sus pocos acompañantes de Carácuaro y de Necupétaro, que en el acto fraternizaron con los costeños. El pueblecillo se animó como por encanto; las campanas de la pobre iglesia anunciaron con un repique á vuelo la proclamación de la Independencia; los habitantes todos improvisaron vítores y serenatas con las grandes y dulces arpas de la costa, á la luz de la luna que iluminaba las cabañas, el mar y los bosques en aquella noche de Otoño fresca y hermosa. Morelos descansó de sus primeras fatigas, arrullado por los cantares del pueblo emancipado, por los vivas de sus primeros campeones y por los suaves murmullos del Océano que parecía también tomar parte en la fiesta de la Patria.

VII

Al día siguiente, Morelos convocó una junta de vecinos y de militares, y despojado ya de su barba de viajero y vestido con su mejor traje, fué á presidirla y á levantar el acta solemne de proclamación de la Independencia. Entonces mostró la autorización que había recibido del caudillo de Dolores, y que decía así:

«Por el presente comisiono en toda forma á mi lugar teniente, el Br. D. José María Morelos, cura de Carácuaro, para que en la costa del Sur levante tropas, procediendo con arreglo á las instrucciones verbales que le he comunicado.—Firmado.—MIGUEL HIDALGO, generalísimo de América.»

Y "este fué el principio que tuvo la revolución en la costa del Sur, que puso en el mayor peligro al dominio español de Nueva España," como dice Alamán, y como lo confirma la historia.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

MORELOS EN EL VELADERO.

(EL PASO A LA ETERNIDAD.)

I.

La hora del alba en los bosques vírgenes de la costa del Sur, tiene un encanto indefinible. El cielo de los trópicos con sus admirables toques de luz rivaliza entonces en hermosura con aquellas florescitas en que se ostentan las maravillas de la zona tórrida con todo su vigor lujurante y salvaje, y con los aspectos del Océano Pacífico que á esa hora se extiende dulce y manso, murmurando apenas al pié de los acantilados de la montaña, extendiéndose después en el horizonte lejano hasta confundirse con el cielo por el color y por la inmensidad.

La naturaleza parece que se despierta entonces de súbito y alegre. Mil ruidos extraños, variados y gratuitos pueblan el aire. En los bosques millares de millones de aves canoras entonan sus himnos á la aparición del día; los pájaros marinos abandonan los peñascos y se lanzan en bandadas á las riberas, y el suave rumor de las ondas resbala lentamente como un último arrullo que se desvanece en las playas.

Esta belleza crepuscular es tan encantadora como rápida. Un momento después, los primeros rayos del sol incendian el horizonte, y las tintas blancas de la aurora y aquellos argentados reflejos del mar desaparecen ante las rojas cataratas de aquel volcán de luz.

El poeta, el meditador, el que quiera disfrutar del goce inefable que se siente, contemplando el aspecto de la naturaleza en esos primeros instantes del día, y asistir á las luchas de las sombras con las primeras claridades del alba, tiene, pues, en la costa del Sur muy pocos instantes de que disponer, pero ellos pasan, como un sueño del Paraíso.

La mañana de que vamos á hablar, era una mañana del mes de Mayo de 1811 y á la hora del alba.

Atraído seguramente por los encantos del cielo, del paisaje y del aspecto del mar, un hombre, un extraño personaje había buscado una roca gigantesca desde la que se descubría por el sudoeste toda la bahía hermosísima de Acapulco con el caserío de la ciudad y su fortaleza, sobre la que flameaba la bandera española; por el Sur, los morros del Pié de la Cuesta; y por el sudoeste los manglares perdidos como una línea negra entre la ancha zona del mar y la gran laguna de Coyuca, y por el Oriente y el Norte los espesos bosques de la Sabana, del Veladero y el oleaje de montañas que sin interrupción

se pierden hasta confundirse en los grandes espinazcos de la Sierra Madre.

Por dos lados la inmensidad del mar, por otros la inmensidad de las montañas, por todas partes la grandeza del Universo y la sublimidad de la creación.

Aquel hombre parecía ser digno de semejante espectáculo, y su mirada profunda revelaba la superioridad de un alma extraordinaria, digna de comprender aquel cuadro asombroso.

Estaba vestido de negro y en pié, pero se reclinaba sobre un picacho de la roca y tenía en una de sus manos su sombrero de paja de alas anchas, mientras que en la otra apoyaba su barba en actitud meditabunda.

A poca distancia de él y siguiéndolo con la vista como pendiente de sus órdenes, se hallaba sentado otro hombre de edad madura y de noble y varonil fisonomía, armado con una carabina, pistolas y un sable, y envuelto en una rica manga roja bordada de oro. Dos mozos, también armados, se hallaban todavía más lejos al pié de la roca que era sumamente escarpada, teniendo de la brida cuatro caballos.

La mañana iba aclarando cada vez más. A los rumores variadísimos que hemos procurado describir y que animaban en esos momentos aquella majestuosa soledad, se unían ahora otros extraños y singulares. Eran toques de guerra lejanos; pero distintos. Eran sonidos de tambores, de pífanos y de clarines, mezclados en una tocata alegre y repetida por varios puntos.

Era la diana que tocaban muchas bandas en un campamento situado á corta distancia.

Pasados algunos minutos, y cuando empezaba á inundar el cielo una luz más viva y más fulgente que permitía distinguir hasta los objetos lejanos, el personaje meditabundo salió de su inmovilidad, dió un paso adelante y dirigiéndose á su compañero le dijo en voz baja:

—¿Trajo vd. por casualidad el anteojo, D. Julian?

—Sí señor, respondió éste, levantándose: nunca se me olvida... ¿Hay algo, señor? preguntó con timidez.

—Sí, respondió su interlocutor, me parece que se asoman por el Pié de la Cuesta las lanchas cañoneras.....